

ANTONIO GARCIA VERDUCH

Corrupción

Un huracán judicial ha hecho volar por los aires el tejado de la casita de la élite política y económica, y con ello, han quedado expuestas a la vergüenza pública unas conductas detestables, que operaban discretamente en la sombra, acurrucándose en el regazo del poder.

Una sociedad organizada funciona bien cuando todos los ciudadanos, primero se respetan a sí mismos, aunque nadie los vea, y después se respetan mutuamente, aunque no los vea la justicia.

Afortunadamente, en nuestra sociedad, una abrumadora mayoría de ciudadanos actúa de esta manera. La educación que recibieron fue la necesaria y suficiente para que pudieran dominar sus instintos selváticos y, en consecuencia, para que, en todo momento, antepusieran sus convicciones éticas a sus rebrincos somáticos.

Esta inmensa mayoría de ciudadanos fue educada para comprender que, además de los goces primarios privativos del reino animal, existen otros, de rango superior, que emanan de los estratos más nobles del ser humano.

El número de ciudadanos que así piensan y actúan, es tan elevado que, si el conjunto humano que ostenta el poder, la dignidad y el gobierno, hubiera sido elegido, simplemente, al azar entre toda la población española, difícilmente se habrían alcanzado concentraciones tan significativas de personas corruptibles.

Es cierto que las personas corruptibles detectadas no representan al conjunto humano que hoy es élite, pero más cierto aún es que esa élite, en su conjunto, dista mucho de representar las virtudes propias de la sociedad entera. Al menos la sociedad no parece sentirse orgullosa de su élite.

Resulta desalentador pensar que el filtro de unas elecciones democráticas haya dado un resultado que es exactamente opuesto al que cabría esperar. Lo que, de verdad, cabría esperar es que en la población se-

leccionada para ser élite, existiese una considerable proporción de personas de alta fiabilidad ética. Y eso, desgraciadamente, no ha sido así. El poder, en sí mismo y en las esferas concéntricas de su influencia más próxima, no ha sido capaz de superar los niveles éticos que son habituales en el pueblo llano.

Las elecciones democráticas deberían tener la virtud de permitir elegir, entre toda la población, a una selecta minoría de personas que, por su incorruptibilidad y por su temple moral, pudiera servir de ejemplo y guía a todos los ciudadanos. Esta selecta minoría incorruptible sería la única que podría merecer el respeto y la plena confianza de las gentes.

Se dice con frecuencia que el poder corrompe, pero eso no es más que una verdad a medias. La verdad completa es que el poder corrompe a los corruptibles, y solamente a los corruptibles.

Los seres humanos estamos formados por una materia biológica y un espíritu. La materia biológica es corruptible, pero el espíritu no. El espíritu da al hombre la grandeza y la sublimidad de lo inmaterial y de lo trascendente, pero también le da la fortaleza, la dureza y la inalterabilidad de la materia pétreo. El hombre, por tener espíritu, es roca que resiste la agresión de los elementos inclementes. Las rocas, como el espíritu, tampoco son corruptibles.

Los hombres más susceptibles de experimentar corrupción moral son aquellos en los cuales los valores de una materia exuberante ahogan a los del espíritu.

Los seres humanos que se declaran adoradores del cuerpo, caminan toda su vida bordeando peligrosamente la corrupción moral, o dejándose deslizar placenteramente hacia ella. Estos seres tienen mucha masa biológica corruptible, y poco componente inmaterial, incorruptible. Son seres que se deforman al ser sometidos al menor esfuerzo. No tienen la resistencia de la roca para oponerse a los interesados esfuerzos externos que actúan sobre ellos. Ser deformable, físicamente, es lo mismo que ser corruptible, moralmente.

La corrupción que ha invadido las altas esferas de nuestra sociedad, demuestra claramente que en esas esferas existen demasiadas personas de contextura moral blanda, deformable, que poseen exceso de biología y escasez de compo-

